

« ¡ Morir por morir, prefiero quedarme aquí ! »
Tomó esta decisión con extraordinaria tranquilidad, tal vez con el secreto sentimiento de un voto heroico. Así se ha dicho. Su entereza de alma durante las angustias del drama del incendio, ha autorizado á sus compañeros para pensarlo y decirlo, pues aquella noble y terrible muerte, ha pasado á la categoría de leyenda.

La chalupa que contenía los últimos restos del pasaje, y que erraba á la ventura en las tinieblas á merced de un mar tempestuoso, oyó como á las cinco de la mañana una explosión formidable. ¡ Era el *Amazonas* que estallaba con el resto de sus pasajeros !...

Gabriel Ferry más egoísta ó menos estoico, habría podido salvarse, pues la chalupa fué encontrada y los pasajeros fueron recogidos al cabo de algunas horas por una goleta holandesa.

JORGE SAND.

EL INDIO COSTAL

INTRODUCCIÓN

EL MÚSICO DE LA SIERRA MADRE

En una de estas viejas galerías de residencia feudal y sobre los muros ennegrecidos por el tiempo, adornados por larga fila de retratos históricos, se ve, al declinar el día, las sombras de la tarde borrar gradualmente los rostros de los héroes que fueron, inmóviles sobre sus lienzos. ¡ No sería maravilloso ver surgir de repente del fondo de cada cuadro y agitarse, las figuras, menos solemnes pero quizás más verdaderas, de los personajes secundarios que fueron los instrumentos de la gloria de esos héroes, que han vivido, obrado, conversado con ellos ! Sería la crónica colocada frente á la historia y prestándole todo el atractivo de sus revelaciones.

He dicho ya cómo encontré al capitán don Ruperto Castaños en los llanos de Calderón (1). He reproducido el relato de esta sangrienta jornada de la guerra de independencia mexicana, hecho por el viejo guerrillero sobre el campo mismo de batalla donde él combatiera todo un

(1) *Revue des Deux Mondes* — cuaderno del 15 octubre 1850.

largo día. Gracias á sus recuerdos, la historia se despojaba de su manto de austeridad para alegrarse con los encantos de la tradición. El cuadro histórico se engrandecía sin alterarse; y esta tradición adornada, por boca de un testigo ocular, con todos los atractivos que habrían podido darse á la ficción, evocaba, al lado de los principales personajes, las figuras contemporáneas que animaban y llenaban los vacíos de la tela.

Eran estas evocaciones familiares las que yo deseaba continuar sin saber si la casualidad, que tan bien me había servido ya, me favorecería aún. Estaba resuelto, sin embargo, á solicitarlas, á provocarlas sin descanso.

La relación de nuestro viaje (que yo remonto á nuestra posada en la *venta de la Sierra Madre*, entre las ciudades de Tepic y Guadalajara) hará ver hasta qué grado mis esfuerzos se vieron coronados por el éxito. El capitán don Ruperto, dormía aún con profundo sueño en uno de los ángulos del cuarto que ocupábamos juntos, cuando me levanté muy de mañana. Sin ruido hice de mi colchón un manto; es decir, que me envolví en mi *zarape*, el cual me había servido de cama y salí sin despertar á mi compañero de camino.

Los viajeros y los dueños de la venta adentro, y los muleteros y criados fuera, reposaban todos á esa hora matinal. El silencio era profundo, silencio imponente y solemne en medio del solemne é imponente silencio de la Sierra Madre.

Atravesaba el valle en que la venta se elevaba. La luna no dejaba caer sino una neblina luminosa hacia el fondo del profundo abismo formado por dos cadenas de montañas gigantes que corren paralelas, á la cima de una de las cuales me encontraba.

La pálida claridad permitía apenas distinguir, esparcidas bajo los grandes árboles, algunas cabañas que dijéranse humildes como manojos de hierba. En compensación, brotaban de los puntos más elevados de la sierra, agudos los unos, redondeados los otros, las claridades lunares como relámpagos parecidos á los que envía el

hierro de una lanza ó un casco de acero pulido. Más allá, hacia el otro lado, esos fulgores iluminaban una inmensa extensión del país sobre la cual no aparecían sino como lianas entrelazadas sobre el suelo, las ramificaciones de las montañas que cubren á México por todas partes.

Nada había despertado á mi derredor, si no fuese la voz de las montañas que no duermen jamás, á la cual se unía el rumor de las cascadas y de los arroyos. En medio del silencio de la noche las corrientes perpetuas parecidas á los fuelles de un órgano siempre en movimiento, dijérase que establecían entre los picos más elevados y las más profundas simas, eternos y misteriosos diálogos.

Era todo oídos á los rumores de los valles y de las montañas, cuando de repente parecióme que los susurros se hacían menos vagos y que á ellos se mezclaban sonidos humanos, cual si del fondo de los lechos de los arroyos, las notas aún lejanas de una trompa de caza, se elevasen hasta la cima de la sierra. Me imaginé que era el juguete de una ilusión: las notas eran tan duras, tan roncadas á pesar de su lejanía, que no atinaba de qué instrumento caprichoso ó extravagante pudiesen escaparse. No tardó el silencio en suceder á estos sonidos extraños, á los cuales la hora y el lugar daban un tinte lúgubre y casi sobrenatural.

Si la Sierra Madre hubiese tenido alguna leyenda de *cazador negro*, habría creído oír el estampido de su cuerno; pero era forzoso atribuir un origen menos fantástico á esta música singular. Después de algunos minutos de profunda calma, la misma extraña melodía se dejó oír otra vez más distintamente, pues hallábase ya más cerca. Tenía algún parecido con las cornetas de los vaqueros suizos. Mientras tanto, el instrumentista estaba aún invisible, si es que no era una de las voces de la montaña ignorada hasta entonces por mi oído.

Avancé hasta los últimos límites del llano, al lugar mismo en que el capitán Castaños me había hecho la vispera el terrible y singular relato de su encuentro con el

coronel Garduño; pero no vi en el fondo del abismo, sino los reflejos de la luna que plateaba las cuencas escarpadas. Y sin embargo, era de esta dirección de donde partían aquellos sonidos tan melancólicos á la vez que tan potentes. Un atento examen me hizo al fin percibir algo como sombra humana destacándose sobre un mar de luz blanca; luego, la sombra desapareció tras una saliente de la roca, no sin que una vez más, la misma cadencia fúnebre se hubiese elevado desde las profundidades del abismo hasta mí. Desde ese instante, no tuve más sino resignarme á esperar algunos momentos para ver surgir en el llano al nocturno músico. Pasó un cuarto de hora; luego, gracias á las sinuosidades del camino que serpenteaba sobre los flancos del precipicio, apareció un hombre de repente, casi á mi lado, en un lugar diametralmente opuesto á aquel sobre el cual había fijado los ojos.

La presencia del viajero, me reveló desde luego su condición: era un Indio á pesar de que sus vestidos y la altura de su cuerpo, le diesen una apariencia bien diferente de la de los indios que hasta entonces había visto. La fiereza de su aspecto, la expresión de su rostro, sus miembros atléticos, su catadura extraña, nada, en una palabra, recordaba en él el carácter degenerado de los antiguos señores de México. Por tal motivo, no sabía reconocer á qué raza india pertenecía. Después de la áspera cuesta que acababa de subir con tanta ligereza, se detuvo un instante para tomar aliento; y entonces pude, á la luz de la luna, distinguir que llevaba cruzado el instrumento que yo acababa de oír: era una concha marina, larga, delgada y retorcida cuyo nácar brillaba sobre su pecho.

Después de todo y á pesar de su notable fisonomía, este personaje que tan extrañamente había señalado su presencia, me hizo experimentar algo así como una decepción: me lo había imaginado enteramente otro, no sé por qué; ó por mejor decir, mi fantasía había ido demasiado aprisa, excitada por la solemnidad de la escena

que me rodeaba. Sin embargo, no quise dejar ir á este indio sin cambiar con él algunas palabras.

— Buen tiempo para viajar, amigo mío, le dije con el fin de entrar en conversación.

— Sobre todo para un hombre cuya edad entorpece ya las corvas, repuso el Indio.

Había creído ver flotar sobre sus hombros una espesa cabellera negra y le miraba de nuevo con más atención: no me había equivocado. Sus cabellos tenían el reflejo azulino peculiar al matiz del ébano más obscuro. Sus facciones bronceadas eran angulosas; su piel parecía fuertemente pegada al rostro; pero no tenía huellas de esas profundas arrugas con que los años surcan de ordinario el rostro humano. Sin duda el Indio notó mi asombro, pues añadió mientras le miraba:

— Hay cuervos que han visto cien veces renovarse las estaciones; y sin embargo, no tienen una pluma blanca.

— ¿Qué edad tienes? le pregunté.

— No sé, señor; desde que estuve en aptitud de distinguir la estación seca de la estación de las lluvias, quise contar cuántas había visto de las unas y de las otras y me he enredado en la cuenta. Desde que hube visto la quincuagésima... por razones muy particulares... no di á eso importancia alguna; y hace mucho tiempo que no me ocupo en ello. ¿Qué me importa á mí el curso de los años? Un cuervo vino á graznar sobre el techo de la cabana de mi padre en el instante en que nací y en el instante mismo en que uno de los parientes dibujaba sobre el suelo del rancho la figura de una de estas aves; debo entonces vivir tanto tiempo como el cuervo que vino á posarse sobre el techo paternal. Desde entonces, ¿á qué contar lo que debe ser incontable?

— Así pues, ¿crees que tu vida está ligada á la del cuervo que se perchó sobre el techo de tu choza cuando naciste?

— Es la creencia de mis padres los Zapotecas (1) y esa

(1) Una de las antiguas tribus indias de México.

es también la mía — respondió gravemente el indio. No tenía yo por qué combatir las supersticiones del Zapoteca; y así, límiteme á preguntarle si era para alegrar el fastidio del camino para lo que él llevaba su trompa marina; ó si ella se vinculaba á alguna otra creencia de sus padres.

El Indio vaciló un momento.

— Es un recuerdo del país, replicó después de un corto silencio. Cuando escucho los ecos de la sierra repitiendo los sonidos de mi concha, me imagino estar siempre en los montañas de Tehuantepec en la época en que cazaba el tigre á causa de mi oficio de *tigrero*; ó bien me figuro oír la señal de llamada que reunía á los buzos del golfo, cuando yo era buzo de oficio; pues he hecho la guerra á los tigres de mar que guardan los bancos de perlas bajo las aguas, como á los de tierra que asuelan nuestros rebaños en las sabanas. Pero el tiempo vuela, señor caballero; y yo debo estar en la *hacienda de Portezuelo* á mediodía. ¡Que Dios lo proteja!

Los miembros medio desnudos del Indio, humeaban aún como los de un caballo de carrera. Sin dar tiempo á disiparse á los ligeros torbellinos de vapor que la frescura de la noche condensaba á su alrededor, el Zapoteca tomó de nuevo el paso gimnástico peculiar á todas las razas indias; y bien pronto le vi descender por el camino opuesto á la otra extremidad de la llanura. Algunos minutos después, oí, en medio del silencio de la noche, ya menos profundo, las notas rónicas y vibrantes de la concha marina del viajero indio.

— ¿Qué es este ruido infernal? exclamó el capitán don Ruperto saliendo de su cuarto.

Conté al capitán el encuentro que acababa de tener con un Indio Zapoteca, así como sus respuestas singulares á propósito de sus creencias.

— No me extraña eso, replicó Castaños; estos indios de Tehuantepec no tienen curas en sus aldeas, sino en la apariencia; es una ganga completa para estos buenos padres pues los Zapotecas son más idólatras que cristia-

nos y más apegados que ninguna otra raza india á las prácticas supersticiosas de sus antepasados. Este viajero hace alusión á una costumbre en vigor en su país: cuando una india está para dar á luz, el padre y sus amigos, reunidos en la choza, dibujan en el suelo y borran alternativamente groseras figuras de animales; la que subsiste en el instante del nacimiento del niño, es lo que ellos llaman su *tona*. Piensan que la vida del recién nacido, está ligada á la del animal en cuestión y que debe morir al mismo tiempo que aquél; y el niño al crecer, busca su *tona*, la cuida, se une á ella y la respeta como un *fetiché*.

— Presumo, dije al capitán, que los Zapotecas tienen entonces el cuidado de no dibujar sino animales notables por su longevidad, sino...

El honrado capitán no respondió á propósito de mis observaciones, sino asegurándome que, por lo demás, estos indios son bravos, que se pliegan fácilmente á la disciplina y llegan á ser, en fin, excelentes soldados; con lo cual fuéme forzoso contentarme.

La plataforma de la sierra, tan tranquila hasta aquel instante, comenzaba á llenarse de ruido. Los viajeros albergados en la venta, se apresuraban á partir, pues ya el alba teñía el horizonte de una claridad de amarillo pálido. Los indios sacudían el sueño y ceñían sus cinturas para marchar; los muleteros sacaban sus mulas de las caballerizas; los criados ensillaban los caballos relinchantes; los cuervos revoloteaban rasgando la niebla matinal; y el sonido de las campanillas de las bestias de carga, se confundía con los ladridos de los perros que se correspondían desde las dos cimas paralelas de la sierra. En una palabra: fué aquella una de esas alegres escenas de viaje cuyo recuerdo me será siempre grato.

Cada cual se encaminaba hacia su destino; y bien pronto en efecto, todas esas sombras indecisas que el sol debía aclarar un instante después, se esparcieron por todos lados, las unas en una dirección, las otras en otra; y no tardó la plataforma de la sierra en quedar ani-

mada sino por la presencia del ventero que barría los cuartos para los nuevos pasajeros.

Partimos á nuestra vez. Lo confieso, sentía algo de tristeza en el corazón : esta imagen, en miniatura, del viaje de la vida en que se cambia á cada instante de hostería, en que se deja lo cierto para correr tras lo ignorado, entraba por mucho en la impresión penosa que experimentaba.

Para arrojar muy lejos estas melancólicas ideas, nada mejor podía hacer que poner á contribución los recuerdos de mi compañero de viaje. Entre los más gloriosos campeones de la independencia mexicana, había uno sobre el cual me faltaban noticias precisas y sobre todo íntimas : era el general Morelos, quien, más que ningún otro, levantó victoriosamente la bandera de la independencia.

— ¿Puede Ud. darme algunos detalles acerca del general Morelos? pregunté de repente al capitán.

— Morelos era un gran capitán, respondió el viejo guerrillero, que con una facilidad que yo admiraba, me precedía en el escarpado sendero de la montaña; solamente en el curso del año de 1811, libró con los españoles veintiséis batallas; ganó completamente veintidós é hizo honrosas retiradas en las otras cuatro; hizo....

El capitán habría quizás continuado largamente si yo no le hubiese interrumpido.

— Yo sé todo eso, le dije, mi querido capitán.

— ¿Entonces?

— Usted me relata la historia; y yo quiero la crónica; es decir : deseo saber de Morelos lo que los historiadores no dicen; ó que, á lo más, no hacen sino esbozar.

— Le comprendo : tenga entonces la bondad de escuchar.

Don Ruperto refrenó su caballo para que el mío pudiera fácilmente seguirle; y continuó :

— Era después de la toma de Guanajuato, en los momentos en que el ejército de los insurgentes, en número

de más de sesenta mil hombres, se extendía bajo las órdenes de Hidalgo (entonces en el pináculo de su poder) como un torrente que nada podía contrarrestar. Debíamos ir á pasar la noche en Valladolid; y mientras que todo el ejército continuaba su camino, los jefes y su estado mayor, del cual formábamos parte Albino y yo, recibían hospitalidad por breves momentos en una casa particular de la pequeña aldea de San Miguel Caro, á cuatro leguas de Valladolid. Comimos alegremente, como se come en país conquistado, en una sala muy baja. Hidalgo y Allende estaban sentados aparte á una mesita y se entretenían en comer un bocado. Usted querrá saber lo que comían.

— Estoy seguro : tortillas de maíz y frijoles bayos con chile.

— Durante ese tiempo un personaje de aire tímido y como asombrado de verse en tan numerosa y buena compañía, entró á la sala y se aproximó á los dos generales. Este personaje era de estatura mediana pero robusto. Era de color pálido y moreno; la cabellera espesa y ruda, cubríale la frente y largas patillas se juntaban en su boca; tenía chata la nariz, bastante grueso el labio superior y lo único que realzaba su rostro, eran dos ojos negros vivísimos bajo severas cejas que formaban una sola línea.

« Este hombre se aproximó á Hidalgo y á Allende con paso tímido y algo embarazado. Al verle, Hidalgo dejó escapar un gesto de contrariedad; y por más que fué evidente que le reconocía, preguntóle con aspereza lo que deseaba. El recién llegado balbució, tartamudeó algunas palabras, concluyendo por decirle que deseaba la plaza de capellán del ejército insurgente. « Yo haré algo mejor por Ud. » dijo el generalísimo contestando, sin haberlas escuchado, algunas observaciones que aventurara el solicitante.

« El fin manifiesto de Hidalgo era enviarle lejos de él. Pidió una hoja de papel que no se le procuró sin dificultad; y después de escribir algunas líneas, la entregó al

recién venido diciéndole con voz que resonó por toda la sala: « He aquí sus despachos de coronel y la misión de revolucionar los estados del sur, comenzando por tomar Acapulco. »

« Las provincias del sur eran las más fieles á la corona de España. Acapulco era una de las plazas más fuertes del virreinato; así pues, á tales palabras, una risa burlesca, aunque disimulada por el respeto al venerable Hidalgo, recorrió toda la sala, en tanto que el nuevo coronel palidecía, no de cólera sino de orgullosa alegría, y salió guardando el silencio que producen las grandes emociones y las resoluciones heroicas.

« El obscuro sacerdote iba simplemente á colocarse en el deber de llenar su misión.

« ¿ Tengo necesidad de decir á Ud. — continuó Castaños — quién era este hombre sencillo y modesto á quien recibieron la duda y la ironía? Era el cura de la pequeña aldea de Necupetaro y Carácuaro, el ilustre Morelos. ¿ Pertenece esto á la crónica?

— Seguramente; y espero el final.

— No volví á ver á Morelos; y no podría hoy sino recaer bajo los dominios de la Historia. Pero si mi amigo don Cornelio Lantejas está aún en Tepic, él podrá completarle la crónica de Morelos, que él ha servido fielmente hasta la muerte de este grande hombre.

En los momentos en que el capitán terminaba de abrirme esta perspectiva, asegurándome que podría escuchar el relato de uno de los compañeros del más notable de los jefes de la independencia, llegábamos al fondo de la inmensa barranca desde el cual debíamos subir hasta el borde opuesto. Había allí una aldehuela (1) encerrada entre las dos cadenas de la cordillera. El disco del sol resplandeció de repente en la cima de la gigantesca muralla de montañas que nos faltaba franquear. De una á la otra cima de la Sierra Madre, los rayos de un púrpura pálido, se esparcían por encima de

(1) Plan-de-Barrancas.

nuestras cabezas en tejido luminoso, como las cuerdas temblorosas de una arpa de oro, mientras que el fondo de la cañada inmensa, hallábase aún sumergido entre la niebla de azur. Instantes después, las azulinas sombras de la mañana se desvanecieron, y olas de luz inundaron hasta las más hondas grietas de las montañas.

Bien pronto alcanzamos el nivel de la cañada; después de dar un instante de reposo á nuestros caballos bajo los bananeros de Plan-de-Barrancas, donde no había sino raros habitantes bociosos, principiamos á subir la segunda muralla de Sierra Morena. La gran cordillera estaba franqueada; y tres días después, estábamos en Tepic.

Cinco ó seis mortales días habían transcurrido desde nuestra llegada á esta última población y yo debía permanecer allí por lo menos otros seis días en espera de mis muleteros. Todo viajero sediento que se halla en una ciudad en que no hay monumentos públicos, religiosos ó profanos que visitar, donde no se conoce á nadie, donde hay pocos rótulos y ni un cartel de anuncio para distraerse, podrá formarse idea de la largura de los días por mí sufrida. Mi compañero de camino ocupaba casi todo el tiempo en sus negocios; y sabe Dios qué negocios! No era fácil adivinarlo; pero érame difícil resistirme á creer que el digno capitán hacía el comercio como había hecho la guerra, á la emboscada y un poco fuera de las vías legítimas. ¿ Qué me importaba después de todo? Apesar de sus correrías le había sido imposible encontrar á su amigo don Cornelio Lantejas, á quien nadie conocía en Tepic; y ya me inclinaba á suponer que la existencia de este hombre era tan problemática como los negocios del capitán, si felizmente la casualidad no me hubiese puesto sobre las huellas del compañero de Morelos.

— Don Ruperto se desfila, me dijo la mañana del siguiente día nuestra casera doña Faustina con aire evidentemente contrariado; comerá sus tortillas enchiladas y sus frijoles bayos fríos, y por consiguiente detestables.

— En efecto, respondí sentándome solo á la mesa para almorzar; el capitán partió tan temprano esta mañana que no lo sentí vestirse; pero en cuanto á su comida...

No concluí por cortesía; pero pensaba que poco me habría importado comer caliente ó fría la horrible comida á que todo viajero está condenado en tierra mexicana.

— Respecto á las costumbres irregulares del señor Castaños, dije, no hay que extrañarlas; no es posible sujetar á un viejo guerrillero de la independencia á tanta exactitud.

— Eso no importa, respondió doña Faustina; aquí tenemos al presbítero don Lucas Alacuesta que, para haber hecho en partida todas las campañas del ilustre Morelos, no es hoy un mal modelo de canónigos.

— ¡Un compañero de Morelos! — exclamé. — ¿Por qué no me lo ha dicho Ud. antes?

— ¿Qué interés tiene Ud. en eso?

— El de satisfacer un deseo que ha nacido en mí sobre el campo de batalla del puente de Calderón. Se me ha puesto en la cabeza, desde hace algunos días, encontrar testigos oculares y actores de la guerra de independencia que puedan contármela desde su principio hasta el fin. He registrado al capitán como una vieja crónica, lo he agotado y busco nuevo libro viviente para hojearlo. ¿No conoce Ud. al señor don Cornelio Lantejas?

— Absolutamente.

— ¡Pues bien, don Lucas le reemplazará!

En esto, cuando terminaba de almorzar, llegó don Ruperto de regreso.

— ¡Al diablo las tortillas y los frijoles! — exclamó el capitán respondiendo á los reproches de la hostelera. Acabo de comer á mi gusto y rociado con una añeja botella de vino de Cataluña que se corta por bocados como una sandía. He almorzado como un canónigo. ¿No sabe Ud. en casa de quién? — agregó el guerrillero dirigiéndose á mí.

— Donde don Lucas Alacuesta, — contesté á la ventura.

— Precisamente; ó de otra manera, en casa de don Cornelio Lantejas que ha cambiado de nombre al cambiar de condición; es decir que si no es por una casualidad, á la cual no es Ud. extraño, no lo hubiera encontrado aquí ni el día del juicio, pues este diablo de canónigo no sale nunca. ¿Quién me hubiera dicho que un viejo soldado de la independencia pudiera cambiar así? El hecho es que hemos tenido tantos curas que han llegado á ser generales, que es muy natural ver á un capitán de insurgentes hacerse cura en compensación.

Como próximo complemento de todas estas noticias, don Ruperto me anunció que ambos estábamos invitados para comer ese mismo día en casa de su amigo el canónigo, quien ponía bondadosamente á mi disposición su mesa y sus recuerdos.

Me apresuré á aceptar el galante ofrecimiento que se me hacía; y tres horas más tarde, me dirigí, conducido por el capitán, á la casa del señor don Lucas Alacuesta. Se hallaba situada á la extremidad de la población y contigua á un vasto jardín, todo rodeado por una larga y alta cerca de órganos.

Suprimo todos los detalles inútiles para no hablar sino del huésped que hallé. Era un hombrecillo como de cincuenta años, vivo, afable hasta el extremo, muy poco dado á los intereses del capítulo de que era miembro y, en desquite, dedicado con ardor á los cuidados de la jardinería y á la busca de insectos para enriquecer su colección; nada recordaba en él, como en el guerrillero Castaños, al antiguo insurgente que había tomado gloriosa participación en una larga guerra de exterminio.

Asimismo, no hablaré de la comida para llegar cuanto antes al momento en que, como á las cinco de la tarde, el canónigo, don Ruperto y yo, fuimos á sentarnos á una rústica mesa colocada al fondo del jardín bajo un emparrado de flores de la Pasión. Alrededor, las dalias salvajes (se sabe que México es su patria) izaban sus tallos delgados y sus flores multicolores; bajo el emparrado, magníficos naranjos encorvados bajo el peso de

su fruto, formaban doble y deliciosa sombra. Sobre la mesa humeaba el café en tazas de China; y un brasero de plata cuyos carbones ardientes se cubrían poco á poco de ceniza blanca, invitaba á encender los cigarros de Guayaquil apilados sobre un platillo como una pira odoriferante.

— ¿Me atreveré á preguntar, señor don Lucas, dije al canónigo para entrar en materia — si es un voto especial lo que ha convertido en Ud. al soldado en hombre de Iglesia?

— Todo lo contrario — respondió el canónigo; en el instante en que me disponía á ordenarme, sin pensar que hubiese en mí tela de soldado, una serie de casualidades singulares, me ha lanzado siempre, pese á mí, durante cinco años al tumulto de las batallas. En verdad, si la obstinación de la suerte en alejarme constantemente de mi propósito en el momento en que me hallaba cerca de alcanzarlo, hubiera tenido que combatir contra una vocación menos firme, sin duda que la habría extinguido. Pero las circunstancias lucharon contra la naturaleza; y la naturaleza concluyó por triunfar de las circunstancias por obstinadamente extraordinarias que estas últimas hubiesen sido.

Pensé que este preámbulo iba á abrir la historia del canónigo en la cual debía figurar necesariamente Morelos; silenciosamente encendí un cigarro; el capitán me imitó mientras que don Lucas concluía de vaciar su taza.

No me había equivocado: el señor Alacuesta comenzó un relato que no interrumpió sino cuando la noche se hubo hecho enteramente. De buen grado me prometió continuarlo el siguiente día, haciéndolo así durante muchos días consecutivos, siempre con la misma complacencia. En gran parte es de esta serie de relatos de que he tomado los hechos diversos que voy á exponer al lector. Las aventuras del canónigo tenían para mí doble atractivo. Ante todo, acababan de iniciarme en los principales acontecimientos de la guerra de independencia y además, hacían pasar sucesivamente ante mis ojos los

retratos del natural de extraordinarios ó raros personajes que fueron unos, los ilustres fundadores, actores ignorados los otros. Entre esos personajes que han legado un nombre glorioso á la Historia, descuella en primer término el general Morelos; en seguida, en el número de quienes la Historia no registra el sacrificio, encontré, sin haber sido de ningún modo educado para ello, al singular viajero de la Sierra Madre, Costal, el indio zapoteca, figurando de una manera extraordinaria en la extraordinaria epopeya del canónigo Alacuesta.